

Textos
y
Glosas

Aporofilia

El itinerario hacia *Dilexi Te* (2025)

Ramón Sala González
Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid
ORCID: 0000-0002-7292-8866
rssala@gmail.com

Recibido: 10 febrero 2026 / Aceptado: 10 marzo 2026

Resumen: La conciencia de la predilección de la Iglesia por los pobres ha ido creciendo de una forma constante desde la segunda mitad del s. XX. Este estudio repasa la trayectoria que ha culminado con la exhortación apostólica *Dilexi te* (2025). El amor a los pobres identifica hoy a la Iglesia y orienta claramente su

misión en el mundo. Esta etapa de su historia reciente muestra que el camino emprendido no tiene marcha atrás.

Palabras clave: La Iglesia y los Pobres, Concilio Vaticano II, Opción por los pobres, Magisterio social.

Aporofilia

The road to *Dilexi Te* (2025)

ABSTRACT: Awareness of the Church's predilection for the poor has been growing steadily since the second half of the twentieth century. This paper reviews the route that has culminated in the Apostolic Exhortation *Dilexi te* (2025). Love for the poor identifies the Church of today and clearly drives her mission in the

world. This stage of her recent history shows that there is no turning back from the path she has taken.

Keywords: The Church and the Poor, Second Vatican Council, Option for the poor, Social Magisterium.

Siguiendo el ejemplo y la enseñanza de Jesús, el amor a los pobres fue un signo distintivo de las comunidades cristianas desde sus orígenes. Así lo evoca la exhortación apostólica *Dilexi te* (2025) de León XIV. El cap. 4 de este documento (nn. 82-102) ofrece una síntesis del recorrido de la enseñanza de la Iglesia sobre esta materia a lo largo del s. XX (“el siglo de la doctrina social”). Ha fijado el rumbo de la misión de la Iglesia de cara al futuro de un modo irreversible. Estas líneas se centran en el análisis del último tramo de ese camino. Los acontecimientos del período conciliar y postconciliar permiten vislumbrar cinco pasos determinantes: la intuición de San Juan XXIII, la labor del Vaticano II, la génesis de la opción por los pobres, la transición al tercer milenio y el impulso de Francisco.

1. Un precursor de nombre Juan

El movimiento de conversión de la Iglesia a los pobres se ha ido abriendo camino progresivamente a partir de la segunda mitad del s. XX. Todavía a comienzos de ese siglo, San Pío X (1835-1914), un papa de cuna humilde que destacó por su caridad hacia los pobres, pudo escribir: “Es conforme al orden establecido por Dios que, en la sociedad humana haya príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos”¹. Esta formal equidistancia de la Iglesia respecto a los pobres va a experimentar un giro fundamental durante el breve pontificado de San Juan XXIII. Tras la inesperada convocatoria del Vaticano II, el Papa Roncalli publicó la encíclica *Mater et Magistra* (1961), con motivo del aniversario de la *Rerum Novarum*. Además de manifestar una nueva sensibilidad sobre la “cuestión social”, este documento reafirmaba el “grave deber” de caridad de la Iglesia hacia los pobres (MM 159; 257b).

Un mes antes de la solemne apertura del XXI Concilio Ecuménico, en el célebre *Radiomensaje* del 11 de septiembre de 1962, Juan XXIII expresaba su deseo de que la Iglesia se convirtiera de nuevo a los pobres: “La Iglesia se presenta como es, y quiere ser, como la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres”². En la mente del Papa Juan la

¹ Motu Proprio “De populari actione christiana moderanda”: *Acta Pii X*, I, 119.

² “Ecclesia Christi lumen gentium” en *Discorsi, messaggi, colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, IV, 524.

tarea principal del Vaticano II debería ser la recuperación y el impulso de la vitalidad *ad extra* de una Iglesia que, ante las exigencias y necesidades de los pueblos y al servicio de la dignidad humana, quería presentarse como la “Iglesia de los pobres”. Según G. Alberigo, esta expresión procedía del texto sobre los posibles temas del Concilio que el cardenal belga L. Suenens había presentado al Papa unos meses atrás. Sea como fuere, no se trataba de un simple slogan entusiasta fruto de un discurso improvisado. Las palabras de San Juan XXIII trascendían ahora el ámbito de la “doctrina social” de *Mater et Magistra*. En el contexto de la inmediata apertura del Vaticano II, la realidad de la pobreza adquiría otra dimensión como clave hermenéutica de la eclesiología. Es decir, como punto de partida de una nueva forma de comprender el ser y la misión de la Iglesia.

En la intuición del Papa Juan, la pobreza de muchos pueblos era un “signo de los tiempos” que debía interpelar necesariamente a la Iglesia en los trabajos del Concilio. Él partía de su realidad presente –lo que ya *es*–, pero apuntando hacia el futuro –lo que *quiere ser*–. Señalaba un camino a recorrer: hacia una Iglesia “de todos” y, en particular, “de los pobres”. De este modo, subrayaba, al mismo tiempo, la *universalidad* y la *predilección* del amor de Dios, que no excluye a nadie, abrazando en primer lugar a los pobres, como ha observado G. Gutiérrez. Se trata de dos aspectos indisolublemente unidos en la Biblia.

El eco de las palabras de San Juan XXIII se oyó muy a menudo a lo largo las sesiones del Vaticano II, tanto en los debates, como en el trabajo de las comisiones. Inmediatamente los Padres conciliares hicieron propio aquel deseo en su *Mensaje a todos los hombres* (20 de Octubre), Con la alusión expresa al Papa, identificaba en la paz y la justicia social los problemas más urgentes que debía afrontar la Iglesia en el Concilio³.

2. La hoja de ruta del Vaticano II

Inspirado en el pasaje citado del *Radiomensaje* del Papa Juan, desde el comienzo del Concilio funcionó un grupo de trabajo internacional identificado como “*L’Église et les pauvres*”⁴. Estaba formado por unos cin-

³ *Nuntius ad universos homines mittendus: Acta Synodalia* I, I, 255.

⁴ Cf. J. PLANELLAS, *La Iglesia de los pobres en el Concilio Vaticano II*, Barcelona 2014, 43-54.

cuenta padres conciliares y diversos peritos comprometidos con el tema de la pobreza en el mundo, que se reunieron periódicamente en el Colegio belga de Roma.

La víspera de la clausura del Primer Período de sesiones del Concilio, el día de la Inmaculada de 1962, tuvo lugar la memorable intervención en el Aula conciliar de Mons. Giacomo Lercaro, cardenal de Bolonia. Por su importancia –aunque la cita sea larga– transcribimos los párrafos más significativos:

Quiero decir que el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, en nuestros días, el misterio de Cristo en los pobres, ya que la Iglesia como ha dicho el Santo Padre Juan XXIII, es la Iglesia de todos, pero especialmente “la Iglesia de los pobres”.

Leyendo el sumario de todos los esquemas, que se nos entregó ayer, quedé algo confuso y desagradablemente sorprendido al encontrar en él esta laguna...

No cumpliremos debidamente nuestra tarea, no tendremos en cuenta con espíritu abierto el designio de Dios y la espera de los hombres, si no ponemos como centro y alma del trabajo doctrinal y legislativo de este Concilio el misterio de Cristo en los pobres y la evangelización de los pobres.

Es, en efecto, un deber evidente, concreto, actual, urgente de nuestra época:

- en una época en que, cotejándola con otras, los pobres parecen ser menos evangelizados, y en que sus cuerpos parecen alejados y extraños con relación al misterio de Cristo en la Iglesia;
- en una época en que el espíritu de los hombres inquiere y escruta entre las cuestiones angustiosas, casi dramáticas, el misterio de la pobreza y la condición de los pobres, de cada individuo y también de los pueblos que viven en la miseria pero que se hacen conscientes, una vez más, de sus derechos propios;
- en una época en que la pobreza de la mayoría (los dos tercios de la humanidad) es injuriada, teniendo presente las riquezas inmensas de una minoría; época en que la pobreza inspira un horror cada vez más grande a las masas y en que el hombre carnal siente la sed incoercible de riquezas...

No satisfaceríamos a las exigencias más urgentes y más profundas de nuestro tiempo (incluyendo nuestro gran anhelo de favorecer la unidad

de todos los cristianos), sino que las defraudaríamos, si únicamente tratáramos el tema de la evangelización de los pobres como uno de tantos del Concilio.

Si de verdad, como se ha dicho reiteradas veces, la Iglesia es el tema de este Concilio, puede afirmarse en consonancia con la verdad eterna del Evangelio, y al mismo tiempo de acuerdo perfecto con la coyuntura presente: el tema del Concilio es la Iglesia en tanto que, esencialmente “la Iglesia de los pobres”...⁵.

Vale la pena subrayar que el prelado italiano pronunciaba un cierto *mea culpa* eclesial e insinuaba ya una llamada a escrutar los signos de los tiempos para “cumplir el designio de Dios” y “no defraudar las exigencias urgentes y profundas de nuestro tiempo”.

Durante las siguientes etapas del Concilio, la relación de la Iglesia con los pobres estuvo presente en cuatro momentos principales. En el Segundo Período de sesiones, en los debates sobre la Constitución de Liturgia y el esquema *De Ecclesia*. Y a partir del Tercero, en las intervenciones sobre las sucesivas redacciones del Decreto sobre los presbíteros y sobre el *Esquema XIII*. Pero, el tema de los pobres en la misión de la Iglesia sólo entró en el Aula Conciliar de una forma explícita con ese último documento (20 de octubre de 1964)⁶. En efecto, el n. 17 del *Esquema XIII* consideraba la evangelización de los pobres como un “signo preclaro de la venida del reino de Dios”, afirmando que los cristianos, puesto que reconocen a Cristo en sus hermanos más pobres, no pueden vivir en la abundancia mientras haya quienes padecen hambre. Muchas de las intervenciones de los Padres giraron en torno al problema de la pobreza en el mundo⁷. Se oyó que no correspondía a la misión de la Iglesia la salvación de “almas incorpóreas”, sino de personas humanas de carne y hueso y que, en consecuencia, promoviendo la “pobreza evangélica” ella debería contribuir a erradicar la “pobreza infrahumana” y sus causas. Que para ello la

⁵ *Acta Synodalia* I, IV, 327-330. Cf. G. LERCARO, “Chiesa e povertà” en *Per la forza dello Spirito. Discorsi conciliari*, Bologna 1994, 113-122.

⁶ *Schema de Ecclesia in mundo huius temporis* (cf. *Acta Synodalia*, III, V, 116-142). Conocido también como “Texto de Zürich”, fue escrito originalmente en francés y tuvo cuatro redacciones previas antes de ser presentado a los Padres conciliares.

⁷ Cf. *Ibid.*, III, V, 369ss; III, VI, 298ss.

Iglesia tendría que comenzar por renovarse a sí misma y presentarse ante el mundo, no como mera espectadora del sufrimiento de los hombres, sino como “pobre” e inmersa en el mundo de los pobres.

Entre las propuestas concretas, varios obispos de distintas nacionalidades pedían el liderazgo de la Iglesia a la hora de formar la conciencia cristiana respecto a los pobres y solicitaban que un seglar expusiera el problema ante la asamblea. Algunos padres sugerían incluso la creación de un secretariado especial dedicado al tema. El patriarca greco-melquita Maximos IV recordó expresamente al antes citado grupo de obispos que estudiaba la cuestión “La Iglesia y los pobres”⁸.

No son muy abundantes los textos conciliares que mencionan directamente la predilección de la Iglesia por los pobres. Sin embargo, la cuestión tuvo cabida en sus documentos. A mi parecer, hay cinco los testimonios emblemáticos, que sobresalen entre otros pasajes. Son: LG 8c, AG 5b, GS 1, 27b y 88a. Merece la pena repasarlos brevemente. En la *Constitución dogmática sobre la Iglesia* leemos: “La Iglesia... descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador, pobre y sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos...” (LG 8c). Inspirado en la redacción propuesta por el obispo auxiliar de Lyon, Mons. Alfred Ancel, este texto expresa claramente el fundamento cristológico del amor de la Iglesia por los pobres. El pasaje del *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia*, cuya autoría se atribuye al dominico Yves Congar, dice: “Como esta misión continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero que Cristo...” (AG 5b). Aquí se añade la dimensión pneumatológica de la tarea de la Iglesia al servicio de los pobres. Los dos textos citados coinciden en señalar que la vocación y misión de la Iglesia al respecto, tiene que seguir el mismo camino de Cristo.

Sin duda, es en la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* donde el Vaticano II pone más veces de relieve el amor a los pobres como constitutivo de la misión de la Iglesia⁹. Ya sus palabras iniciales in-

⁸ Cf. *Ibid.*, III, V, 492-494.

⁹ Cf. J. LLIGADAS, “Las siete principales adquisiciones del Concilio” en *Concilio Vaticano II, una llamada de futuro*, Barcelona 2012, 48-49.

dican que su mensaje universal se dirige en primer lugar a dar respuesta a las aspiraciones y al dolor “sobre todo de los pobres y de todos los afligidos” (GS 1). El documento emplea de un modo recurrente esta misma locución, “*praesertim pauperum*” (GS 21e; 42b) u otras muy similares (cf. GS 27b; 57f; 69; 84a; 86c), para subrayar que la Iglesia ve en ellos sus destinatarios preferentes. Recurriendo a textos neotestamentarios de claro contenido social, GS 27 insiste en el cuidado y la cercanía de la Iglesia a los más necesitados como una exigencia práctica y urgente: “En nuestros días, sobre todo, urge la obligación de acercarnos a cualquier otro hombre y servirle activamente cuando llegue la ocasión... recordándonos la palabra del Señor: *Cuantas veces hicisteis esto a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25,40)” (GS 27b). Este pasaje ofrece una enumeración de algunos “rostros de la pobreza” (ancianos, inmigrantes, exiliados, niños, hambrientos), sin otra pretensión que la de traducir con ejemplos actuales, el perfil de los sujetos concretos con los que Cristo se identifica personalmente. Precisamente esa identificación de Cristo con el clamor de los pobres es el tema de GS 88: “...la mayor parte del mundo sufre todavía tan gran necesidad, que el mismo Cristo parece elevar su voz en los pobres para provocar la caridad de sus discípulos”. Esta elocuente interpelación al amor a los pobres, en el contexto del compromiso –siempre actual– de la Iglesia en la promoción de la paz y de la comunidad internacional (cap. 5), es la aportación más explícita de la Constitución Pastoral y, probablemente, también de todos los documentos conciliares a nuestro tema. El párrafo citado concluye su enseñanza afirmando que “el espíritu de pobreza y el de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo (GS 88a).

Por otra parte, en la recta final del Vaticano II tres acontecimientos, fuera del Aula Conciliar, contribuyeron también a marcar el rumbo de la Iglesia hacia los pobres: la publicación de la encíclica *Ecclesiam Suam*, el discurso de Pablo VI en la ONU y el “pacto de las catacumbas”. Los dos primeros, fruto del liderazgo del Papa San Pablo VI y el tercero, del compromiso simbólico de un grupo de obispos. Promulgada antes del comienzo de la tercera etapa del Vaticano II, la encíclica *Ecclesiam Suam* (1964) señala que a imagen del Verbo de Dios, que ha mostrado históricamente la comunión entre Dios y la humanidad, la Iglesia debe encarnarse en la vida de las personas, «sobre todo de los más pequeños» (ES 80). Y el 4 de octubre de 1965 tuvo lugar un hecho sin precedentes en la historia de

Iglesia y de la humanidad. Por primera vez, el obispo de Roma, se dirigió personalmente los representantes de todas las naciones. Haciendo suya también «la voz de los pobres» (n. 3), pronunció un vibrante mensaje de esperanza, en el que destacó la común aspiración de toda la humanidad a la igualdad, la solidaridad y a la convivencia pacífica entre los pueblos¹⁰. Por último, a punto de terminar el Concilio (16 de noviembre de 1965), durante una celebración eucarística en las catacumbas de Santa Domitila, se hizo público un documento extraoficial conocido como “esquema XIV” o “pacto de las catacumbas”¹¹. Suscrito por más de un centenar de obispos, representa un valioso testimonio sinodal de la voluntad de la Iglesia del Vaticano II de hacer propia la causa de los pobres.

3. Preámbulos de una opción eclesial

Después del Concilio la Iglesia emprendió un camino que ligaba indisolublemente la tarea evangelizadora con el compromiso hacia los pobres. San Pablo VI fijaba claramente el sentido de la marcha en la encíclica *Populorum Progressio* (1967): “nuestra caridad por los pobres del mundo –y son legión infinita- debe hacerse cada vez más atenta, más activa, más generosa” (PP 76). Pronto esta orientación sería reafirmada por la Carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971) y los sínodos sobre la justicia en el mundo (1971) y sobre la evangelización (1974). Fruto de este último, es la exhortación *Evangelii nuntiandi* (1975). Este documento reconoce abiertamente en el anuncio evangélico un mensaje de liberación, que incluye como una tarea ineludible la promoción humana y la lucha por la justicia. Paralelamente, en este período tuvieron lugar las asambleas del episcopado latinoamericano de Medellín y Puebla.

¹⁰ PABLO VI, “Au moment de prendre la parole” en *Insegnamenti di Paolo VI. Encicliche e discorsi di Paolo VI*, vol. III, 507-516. Cf. *Populorum progressio* 4.

¹¹ Fue redactado en portugués en forma de manifiesto y constaba de trece puntos. Entre otras cosas, los obispos se comprometían a evitar “cualquier forma de preferencia a los ricos y a los poderosos” (n. 6), a transformar las “obras de beneficencia” en “obras sociales” basadas en la caridad y en la justicia (n. 9), a socorrer “a los episcopados de naciones pobres” y a favorecer estructuras económicas “que permitan a las masas pobres salir de su miseria” (n. 11).

La II Asamblea General del CELAM (Medellín 1968) significó la recepción del Vaticano II en América Latina. Dedicaba expresamente uno de sus documentos al tema de la pobreza (14). En él, tras distinguir sus diversas acepciones (carencia de bienes, pobreza espiritual, compromiso voluntario) y proclamar el deseo de una Iglesia “evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos”, se habla ya de dar “*preferencia efectiva* a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa” (*Pobreza* n. 9), siguiendo el ejemplo de Cristo. Pero va a ser el documento final de la siguiente asamblea, celebrada en Puebla (1979), el que consagra oficialmente por primera vez la expresión “*opción preferencial por los pobres*” (OPP): “Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una *opción preferencial por los pobres*, con miras a su liberación integral” (n. 1134). Es un tema recurrente en todo el documento, además de tener asignado un capítulo propio. Ahí se explica el significado de la expresión:

El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (cf. Lc 4,18-21; *Discurso inaugural* III,3). La Iglesia debe mirar, por consiguiente, a Cristo cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora. El Hijo de Dios demostró la grandeza de ese compromiso al hacerse hombre, pues se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos, solidario con ellos, y asumiendo la situación en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y, sobre todo, en su pasión y muerte, donde llegó a la máxima expresión de la pobreza.

Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús (nn.1141-1142).

La OPP nace en un contexto eclesial y con un contenido marcadamente cristológico, como el texto citado pone claramente de relieve. Se trata de una opción “exigida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos” (n. 1154), sin otra finalidad que hacer a los pobres realmente partícipes del anuncio de Cristo Salvador (cf. n. 1153). Según

el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez (1928-2024) constituye “el aporte más importante de la vida y la reflexión de la Iglesia de América Latina”¹². En su discurso de recepción del doctorado *honoris causa* en la Universidad de Lovaina (2 de febrero de 1980), muy poco antes de su martirio, san Oscar Romero habló de la opción de la Iglesia por los pobres. Se trata -dijo- “de encarnarse en su mundo, de anunciarles una buena noticia, de darles una esperanza, de animarles a una praxis liberadora, de defender su causa y de participar en su destino”.

La expresión OPP entró rápidamente en el vocabulario eclesial, incluido el de las otras confesiones cristianas, recibiendo el refrendo constante de san Juan Pablo II. Como ejemplo basta recordar sus palabras en el mensaje de Navidad de 1984 al 10. Colegio cardenalicio y a la Curia romana:

Aprovecho gustoso esta ocasión para reafirmar que el compromiso hacia los pobres constituye un motivo dominante de mi acción pastoral, la constante solicitud que acompaña mi servicio diario al pueblo de Dios. He hecho y hago mía tal “opción”; me identifico con ella. Y estimo que no podría ser de otra forma, ya que éste es el eterno mensaje del evangelio: así ha hecho Cristo, así han hecho los apóstoles de Cristo, así ha hecho la Iglesia a lo largo de su historia, dos veces milenaria¹³.

Al cumplirse el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio se celebró en Roma el *Sínodo extraordinario de los Obispos sobre el Vaticano II* (1985). Representa la primera revisión oficial de la aplicación de sus enseñanzas a la vida de la Iglesia. Sobre el compromiso de la Iglesia del futuro con la causa de los pobres hay que reseñar la intervención del cardenal brasileño Alois Lorscheider. Con la clarividencia de quien hablaba desde la propia experiencia pastoral volvía a auspiciar el tema roncalliano de la “Iglesia de los pobres”, movida exclusivamente por la fidelidad a Cristo. Haciendo un balance de la recepción del texto conciliar el card. G. Danneels (Malinas) destacaba entre los aspectos positivos que la OPP había entrado a formar parte del pensamiento y de la praxis eclesial. En

¹² G. GUTIÉRREZ, “Renovar la opción por los pobres”: *Sal Terrae* 83 (1995) 677.

¹³ JUAN PABLO II, *Discorso ai cardinali e ai prelati della curia romana* n. 9: *Regno-doc.* 3 (1985) 72.

cambio, constataba entre los aspectos negativos el crecimiento de la pobreza y la miseria en los países pobres.

El *Mensaje a los fieles*, al invitar a la aplicación en profundidad de las cuatro constituciones del Vaticano II, proclamaba, parafraseando el párrafo inicial de la Constitución pastoral, que debía realizarse “en el servicio a los hombres y, sobre todo, a los pobres”¹⁴. Igualmente, tras expresar la voluntad “de llevar el Concilio a la práctica y a la vida de la Iglesia”, el *Documento final* –“*La Iglesia, bajo la Palabra de Dios, celebra el misterio de Cristo, para la salvación del mundo*”– comienza empleando de nuevo el lenguaje de GS 1. Más adelante el documento sinodal aborda expresamente el tema de la “opción preferencial por los pobres y la promoción humana”¹⁵ y entre las sugerencias finales propone que se estudie cómo llevarla a la práctica.

4. Trayectoria del Segundo al Tercer Milenio

Entre el Sínodo de 1985 y el Jubileo del 2000 la Iglesia asistió al final de la “guerra fría” y a la hegemonía del sistema económico neoliberal a escala planetaria. Una etapa en la que precisamente el compromiso de la Iglesia con los pobres, impulsado poderosamente durante el largo pontificado de Juan Pablo II y asumido formalmente por todos, sin embargo fue un factor determinante de polarización de las posturas dentro de la Iglesia, hacia el recelo de los nostálgicos de la restauración o hacia la decepción de los patrocinadores de un Vaticano III.

En esta etapa, la OPP estaba ya implantada en el lenguaje de la Iglesia postconciliar. Con más o menos matices, no había documento del magisterio que renunciara a su empleo. Incluso la primera Instrucción de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis nuntius* (1984), que cuestionaba ciertas “desviaciones” de la Teología de la Liberación, tuvo buen cuidado en comenzar aclarando que “esta llamada de atención de ninguna manera debe interpretarse como una desautorización de todos

¹⁴ *Nuntius ad Christifideles III* en G. CAPRILE, *Il Sinodo dei vescovi. Seconda assemblea generale straordinaria (24 novembre-8 dicembre 1985)*, Roma 1986, 551.

¹⁵ Cf. “*Ecclesia sub Verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi*”. *Relatio finalis II*, D, 6 (*Ibid.*, 568-569).

aquellos que quieren responder generosamente y con auténtico espíritu evangélico a la opción preferencial por los pobres”. La siguiente, *Libertatis conscientia* (1986), reconocía que la OPP no es un signo de sectarismo o particularismo, sino manifestación del ser y de la universalidad de la misión de la Iglesia, aunque “dicha opción no es exclusiva” (n. 68).

En numerosas ocasiones el magisterio de san Juan Pablo II ha reiterado la predilección de la Iglesia por los pobres¹⁶. La Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), describe el alcance de “la opción o amor preferencial por los pobres” en los ámbitos personal, social, nacional e internacional:

Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la *vida de cada cristiano*, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras *responsabilidades sociales* y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes.

Pero hoy, vista la *dimensión mundial* que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial...no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al “rico epulón”, que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (cf. Lc 16,19-31).

Nuestra *vida cotidiana*, así como nuestras decisiones en el campo político y económico, deben estar marcadas por estas realidades. Igualmente los *responsables de las naciones* y los mismos *organismos internacionales*... no han de olvidar dar la precedencia al fenómeno de la creciente pobreza. Por desgracia, los pobres, lejos de disminuir, se multiplican no sólo en los países menos desarrollados, sino también en los más desarrollados, lo cual resulta no menos escandaloso (SRS 42bcd).

El tema recibió un decidido respaldo al comenzar la última década del siglo pasado a través de dos importantes documentos pontificios. Dan-

¹⁶ Indica esa precedencia empleando, además de “*praesertim*”, otras expresiones como “*imprimis*” “*anteponens*”, “*optio*”, “*amor potior*”, “*cura praecipua*”, etc.

do vigencia universal a la opción de Puebla para la misión de la Iglesia, en la encíclica *Redemptoris missio* (1990) Juan Pablo II volvió a expresar el deseo de que la Iglesia en el mundo sea la “Iglesia de los pobres” (RM 60). Para ello, decía, debe dar testimonio de Cristo “asumiendo posiciones valientes y proféticas contra la corrupción del poder político y económico” al servicio de los más pobres (RM 43). Una exigencia que dimana de la “Nueva Evangelización”, según él, consiste en convencer a los poderosos de que “ya ha llegado el momento de hacerse realmente hermanos de los pobres” (RM 59). Por su parte, la encíclica *Centesimus annus* (1991), actualizando un siglo después el mensaje social del Papa León XIII, retomaba el significado de la expresión OPP, ampliando su horizonte hacia las que posteriores documentos llamarán “nuevas pobreza” (cf. CA 57). “El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el cual la Iglesia ve a Cristo, se hace concreto en la promoción de la justicia” (CA 58).

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo 1992), se situó expresamente en continuidad con las conferencias de Medellín y de Puebla para reafirmar la OPP como una opción “firme e irrevocable”¹⁷. Los obispos de América Latina y el Caribe asumían “con renovado ardor la opción evangélica preferencial por los pobres” (n. 296.1). Y San Juan Pablo II la volvía a proponer como guía de la Iglesia universal en los dos documentos preparatorios del Año jubilar. En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994), indicaba el imperativo de “subrayar más decididamente la *opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados*” mediante iniciativas concretas (TMI 51). Por su parte, el programa de *Novo millennio ineunte* (2001) auguraba una apuesta más activa de la Iglesia en esta dirección.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre” [GS 22b]. Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos (NMI 49).

¹⁷ JUAN PABLO II, *Discurso inaugural* n. 16 (12 de Octubre de 1992). Cf. *Documento de Santo Domingo* n. 178.

Aquí el pontífice volvía a insistir en el fundamento cristológico de la opción por los pobres con la cita de GS 22, uno de los textos más comentados en el Postconcilio. Seguidamente, este documento proclama que es la hora de “una nueva imaginación de la caridad” para que los pobres se sientan en la Iglesia como “en su casa” (NMI 50).

Desde su primera encíclica, *Dios es amor* (2005), el magisterio de Benedicto XVI puso de relieve que uno de los lugares privilegiados de la “Nueva Evangelización” es el de la caridad y, “sobre todo”, la caridad hacia los pobres. En el discurso inaugural de la V Asamblea del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida (2007), este Papa subrayaba de nuevo el fundamento cristológico de la OPP: “La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Cor 8,9)”. La “opción preferencial por los pobres y excluidos” volvió a quedar plasmada inequívocamente en la redacción final del *Documento de Aparecida* (nn. 257; 391-396; 550). Uno de sus principales artífices, el card. Mario Bergoglio, sucedería a Benedicto XVI en la sede de Pedro pocos años después.

5. El GPS de Francisco

El primer Papa latinoamericano ha guiado con decisión el rumbo de la Iglesia hacia los pobres desde el principio de su pontificado. En numerosas ocasiones el Papa Francisco ha evocado la consigna recibida el mismo día de su elección: “No te olvides de los pobres”¹⁸, la misma que le dieron a Pablo antes de emprender su misión (cf. Gal 2,10; *Evangelii Gaudium*, 195). Su primera encíclica, *Lumen Fidei* (2013), que completa la trilogía de Benedicto XVI sobre las virtudes teologales, no mencionaba el compromiso con los pobres. Sin embargo, al observar que “la luz de

¹⁸ Al final del Cónclave, una vez alcanzado el número de votos requerido, fue su amigo el cardenal brasileño Claudio Hummes (1934-2022) quien le dirigió esas palabras (FRANCISCO, *Discurso en el encuentro con los representantes de los medios de comunicación*, 16 de marzo de 2013: AAS 105 (2013) 381). Cf. LEÓN XIV, Exhortación apostólica *Dilexi te* n. 6.

la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo” (LF 57) hacía una alusión indirecta. La predilección por los pobres ha sido una constante en el magisterio de Francisco. Como sería muy prolijo repasar, siquiera fugazmente, todos los textos, estas líneas se limitan comentar sólo los más representativos de los tres documentos pontificios que, además de sus ocho *Mensajes para la Jornada Mundial de los pobres* (2017-2024)¹⁹, abordan directamente el tema. Son los contenidos en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) y en las encíclicas *Fratelli Tutti* (2020) y *Dilexit nos* (2024).

En *Evangelii Gaudium*, su documento programático, el Papa Francisco afirma que siempre “los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio”, frase tomada de un discurso de su predecesor. Por eso, lo son también de la misión de la Iglesia. Y es rotundo cuando señala: “no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten un mensaje tan claro” (EG 48)²⁰. El cap. 4 de esta exhortación contiene un apartado titulado “*La inclusión social de los pobres*”, que desarrolla ampliamente la temática. En primer lugar, Francisco invoca los pasajes bíblicos que manifiestan que Dios escucha siempre “el clamor de los pobres” y la cercanía de Cristo a los pobres y excluidos (cf. EG 186-192). Por eso, la caridad hacia los pobres siempre ha sido y es un imperativo para la Iglesia. A continuación, la exhortación ofrece una “renovada propuesta”, que confirma la enseñanza postconciliar sobre la OPP (cf. EG 197-201). EG 198 señala su fundamentación teológica, “antes que cultural, sociológica, política o filosófica”, y la presenta como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”, siguiendo a san Juan Pablo II (SRS 42; cf. NMI 50). En este mismo pasaje, el Papa argentino cita el discurso inaugural de Benedicto XVI en Aparecida (2007), antes de expresar su deseo de una “*Iglesia pobre para los pobres*”.

¹⁹ Después del Año de la Misericordia, el Papa Francisco instituyó esta Jornada para el domingo previo a la Solemnidad de Cristo Rey “para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados” (*Mensaje de la I Jornada Mundial de los pobres*, 19 de noviembre de 2017, n. 6).

²⁰ EG 194: “Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo... ¿Para qué complicar lo que es tan simple?... ¿Para qué oscurecer lo que es tan claro?”.

Ellos tienen mucho que enseñarnos... Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

En mi opinión, este texto redimensiona tanto la identidad, como la misión de la Iglesia. Ella es interpelada a dar el paso del ser *para* los pobres, al ser *de* los pobres; del compromiso *por* los pobres, a caminar *con* ellos; de ponerse a su lado, a quererlos como hermanos. Francisco califica la opción por los pobres como una “atención amante”: es lo que la distingue “de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos” (EG 199).

Como preámbulo al comentario a la parábola del buen samaritano (cap. 2), el texto lucano que inspira *Fratelli Tutti*, Francisco cita el texto inicial de la Constitución Pastoral (FT 56). El título de un párrafo del cap. 7 repite aquellas palabras (“sobre todo con los últimos”). Ahí, Francisco reproduce literalmente el siguiente texto del *Documento de Aparecida*: “la opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres” (FT 234). El Papa reitera que es a partir de la cercanía de la amistad (*filia*), que permite simpatizar con los anhelos y angustias de los pobres de hoy, como es posible seguir dando pasos hacia la fraternidad universal y la paz. “Si hay que volver a empezar, siempre será desde los últimos” (FT 235).

En su última encíclica, *Dilexit nos* (Rm 8,37), Francisco nos volvía a recordar que Dios nos “primerea” en el amor (1Jn 4,10; EG 24). De esa experiencia fundante del amor *de* Dios brota el amor *a* Dios y a los hermanos necesitados. Recuperando la espiritualidad tradicional del Sagrado Corazón, divino y humano, de Jesús, este documento proyecta una nueva perspectiva sobre el amor a los pobres en la misión de la Iglesia. Francisco resalta el ejemplo de numerosos santos y santas, que destacaron por su compromiso con los pobres desde la vivencia de aquella devoción. Es especialmente iluminador el testimonio histórico que ofrece al respecto un pagano: el emperador romano Juliano, el apóstata. Tratando de identificar la razón del arraigo del cristianismo, para poder contrarrestar su influen-

cia, Juliano reconoce en una carta que se debía a su caridad precisamente hacia aquellos (pobres, forasteros), que eran socialmente ignorados o despreciados. Él pretendía suplantarlos en esas tareas ordenando la inversión en obras sociales, “pero no logró su objetivo –comenta el Papa– seguramente porque detrás de estas obras no había algo semejante al amor cristiano que permitía reconocer a cada persona una dignidad única” (DN 169).

Conclusión

Desde mediados del S. XX, de forma progresiva, la Iglesia ha ido redescubriendo que los pobres no sólo son los primeros destinatarios de su atención social y pastoral, sino cómo configuran su propia identidad y razón de ser. En efecto, paso a paso el sueño roncagliano de una Iglesia de los pobres se ha ido haciendo realidad. Las etapas sucesivas del camino recorrido han ido esclareciendo que la predilección por los pobres tiene una inconfundible raíz cristológica. Porque esa fue la opción de Jesús, es también la opción de sus discípulos. Así lo reconoce el Vaticano II (cf. GS 1) y ha quedado plasmado en los textos del magisterio postconciliar que desarrollan esta orientación.

Al comenzar el segundo cuarto del s. XXI, el Papa agustino León XIV ha recogido el testigo en esta ruta del amor de la Iglesia hacia los pobres. Iniciando su trayecto al timón de la nave de Pedro, lo repropone como el legado recibido de un “camino de santificación” (*Dilexi te* 3). Es decir, más allá del compromiso de caridad pastoral, el amor a los pobres, que conduce a la amistad con ellos, refleja la segunda de las notas de la Iglesia.

